

«TÚ LO DICES: SOY REY»

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús le contestó: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?». Pilato replicó: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?». Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». Pilato le dijo: «Entonces, ¿tú eres rey?». Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pilato le dijo: «Y ¿qué es la verdad?». (Jn 18, 33-38)

Natanael, el israelita sin dolo, fue al encuentro de Jesús con cierto escepticismo, pero nada más encontrarlo, hizo la siguiente confesión: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn 1, 49). Ante Pilato, el representante del poder de este mundo, Jesús se presenta como testigo de la verdad y, ante la pregunta del prefecto romano: «Entonces, ¿tú eres rey?», contesta con aplomo, sin vacilar: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad». Es la respuesta del reo.

El que el pueblo rechace a Jesús como el rey de los judíos y pida la liberación de Barrabás, la burla de los soldados, vistiéndolo coronando y saludando a Jesús como rey de los judíos, la petición de los jefes del pueblo reclamando su ejecución como blasfemo, al que Pilato declaraba inocente y, ante todo, el letrado de la sentencia justificativa de su muerte en cruz: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos», nos obligan a meditar hondamente en la verdad que encierra la afirmación de Jesús: «Tú lo dices: soy rey». Esta es la verdad que nos salva e interpela. Clavado en la cruz, el rey de los judíos, le dice al bandido arrepentido, que le suplicaba: «Jesús acuérdate de mí cuando llegues a tu reino», «en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lc 23, 39-43)

En nuestra cultura, y dada la gran ignorancia bíblica de los creyentes, son muchos los que tienen alergia a proclamar a Jesús como rey. ¿Debemos dejar de hablar de Jesús como rey? ¿Puede darse un reino sin rey? ¿No necesitamos ahondar en la verdad que Jesús vino a testimoniar? ¿En qué quedaría el reino de Dios si lo reducimos a unos valores? ¿Todo lo que hemos meditado a lo largo de las afirmaciones de Jesús se desvirtúan si Jesús no es realmente el rey? Si Jesús no es rey, las Escrituras no se han cumplido todavía y es necesario seguir esperando el cumplimiento de las mismas. Ezequiel anunció de parte de Dios: «Susitaré un único pastor que las apaciente: mi siervo David; él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado». (Ez 34, 23-24) Además, si Jesús no es rey, hacemos de él un falso testigo y la confesión de fe es una falacia.

Para superar nuestras resistencias y anunciar que ha muerto el rey para abrirnos la puerta del reino, necesitamos ahondar en la perspectiva bíblica del Rey, del ejercicio y finalidad de su realeza. En una palabra, o bien evangelizamos la cultura o bien, como ha sucedido en otros momentos, el Evangelio queda prisionero y tributario de la cultura. En la meditación seguiré los pasos siguientes: en un primer momento, haremos un pequeño recorrido por el Antiguo Testamento, luego contemplaremos la realeza de Jesús en su vida, predicación y pascua. La tercera parte estará dedicada a meditar cómo ser hijos del reino de Dios, tras las huellas de nuestro rey en la historia. «El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal» (S. Ignacio, segunda semana)

I.- «EL SEÑOR REINA POR SIEMPRE JAMÁS» (Ex 15, 18)

La biblia para hablar de Dios se sirve de metáforas y títulos tomados o de la naturaleza o de la vida social del hombre. «Dios es nuestra roca». Él es nuestro pastor. Él es rey por siempre jamás. Pero la metáfora recuerda que lo es de forma analógica. No es Padre como los padres de este mundo, ni rey como los reyes de este mundo. Por ello interesa mucho comprender qué se quiere evocar y afirmar a través de una afirmación metafórica, en nuestro caso la afirmación: «Yahvé es rey».

Es interesante notar que la afirmación: «El Señor reina por siempre jamás», aparece en el cántico triunfal que Moisés y los hijos de Israel entonan después de la liberación de Egipto. Y no es menos significativo que una similar afirmación se encuentre en el libro de la consolación cuando el pueblo inicia el camino de retorno después del exilio.

¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión; vístete el traje de gala, Jerusalén, ciudad santa! [...] ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. ¡Partid, partid, salid de allí! [...] No saldréis deprisa, ni vuestra marcha será una fuga, porque delante de vosotros marcha el Señor, el Dios de Israel en la retaguardia. (Is 52, 1-12)

Dios es proclamado rey por Israel porque lo ha liberado y ha hecho con él alianza. Israel tiene conciencia de tener su origen, firmeza y futuro en la acción de Yahvé. Se reconoce como pueblo de su propiedad. En el libro del Éxodo, el Señor propone en estos términos su alianza con el pueblo después haberlo liberado de la esclavitud:

Moisés subió hacia Dios. El Señor lo llamó desde la montaña diciendo: «Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: “Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel». (Ex 19, 3-6)

Afirmar que Dios es rey equivale a decir que *somos propiedad suya* y, en consecuencia, «un reino de sacerdotes y una nación santa». También «los reyes» de Israel, como insistían los profetas, debían estar sometidos a las exigencias de la alianza y vivir como siervos de Dios en favor de su pueblo. La misión de los «reyes» no es dominar, sino servir al pueblo de Dios de acuerdo con sus designios de paz y vida. Liberar al pueblo para la libertad es lo propio del rey. Y así resuena en nosotros la palabra de Pablo a los gálatas: «Para la libertad nos libertó Cristo» (Gal 5, 1).

En esta perspectiva es interesante la respuesta de Gedeón, cuando, después salvado a los israelitas de la mano de Madián, le proponen mandar sobre ellos (como los reyes): «Ni yo ni mi hijo mandaremos sobre vosotros. El Señor es quien mandará sobre vosotros» (Jue 8, 23). No había sido Gedeón, sino Dios quien había liberado a Israel.

Una segunda dimensión del reinado de Dios se revela en otro punto de suma importancia: *Hacer justicia a los pobres y oprimidos*. En efecto, Dios hacer justicia a lo largo de la historia en favor de los pobres: Israel el pueblo pobre y oprimido. Dios interviene en la historia

para recrear la justicia. En esta perspectiva, me limito a citar un texto bien conocido de todos. El Mesías davídico, esto es, real, tiene como primera misión restablecer la justicia.

Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el sople de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. (Is 11, 1-5)

Porque Yahvé es rey de los pobres, tiene pleito con los que respetan a los pobres. Así el profeta ponía estas palabras en boca del Señor: «Dejad de hacer el mal, aprender a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda» (Is 1, 17). Jesús vivió y murió como el Mesías pobre de los pobres.

Una tercera dimensión fundamental: el Rey que libera y hace justicia, instauro la paz en el pueblo y entre los pueblos. La paz es la expresión de la plenitud de prosperidad, alegría y armonía; armonía con la naturaleza, consigo mismo y con los demás. La paz es don de Dios, sólo él puede darla plenamente. El salmista exhorta: «Canten y se alegren los que desean mi justicia, repitan siempre: "Grande es el Señor, que desea la paz de su siervo"» (Sal 35, 27). Todos conocemos la famosa bendición de Num 6, 22-26: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz». La paz es una bendición de Dios.

Los profetas de la alianza hablan de una paz permanente y definitiva, escatológica. Evoquemos sencillamente un de los textos más significativos de Isaías:

Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz». Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino. Para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre. El celo del Señor del universo lo realizará. (Is 9, 5-6)

Jesús, como afirma la fe apostólica es el Príncipe de la paz anunciado por la profecía. Pero como explicita la carta los Efesios, Jesús es nuestra paz a través de la cruz. Él es nuestra paz, pues ha destruido en ella el muro de la enemistad.

Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. (Ef 2, 13-17)

La fe de Israel ha cantado también otras dimensiones de la realeza de Yahvé. Los salmos, en los que se canta la realeza del Señor (cf. Sal 47; 93; 95; 96; 97), exponen la victoria inicial de Dios sobre el caos, victoria permanente y siempre nueva sobre los elementos del cosmos. Él es el creador y soberano del cosmos y de la historia. Es el rey eterno, supra cósmico y supra temporal. Su reinado no tiene fin, pues nadie se lo puede arrebatar. Dios reina ya en el futuro. El Apocalipsis evoca el del Verbo de Dios en estos términos: «En el manto y en el muslo lleva escrito un título: Rey de reyes y Señor de señores». (19, 16)

El Mesías, para cerrar esta primera parte de nuestra meditación, hará justicia a los pobres y recreará la paz y armonía haciendo abundar el verdadero conocimiento de Dios. Pero se trata de un conocimiento vital y existencial, una real comunión de vida, misión y destino en el Espíritu. Ahora quiero citar la segunda parte del texto de Isaías referido al vástago de David:

Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé será elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones y será gloriosa su morada. (Is, 11, 6-10)

Este texto evoca ya de alguna forma cómo Jesús, el vástago de Jesé reinará desde la cruz. Un trono realmente sorprendente para cualquier mentalidad religiosa. Pero Él nos dijo que cuando fuera levantado atraería a todos hacia él.

II.- LA REALEZA DE JESÚS

Ante las preguntas de Pilato, el representante del poder de este mundo, «¿eres tú el rey de los judíos? ¿qué has hecho?, Jesús, el reo indefenso, afirma: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». Jesús, por tanto, se reconoce como poseedor de un reino, de ser, por tanto, rey. Pero su soberanía y poder no es la propia de los reyes y poderosos de este mundo. Él no es competidor de los poderes de este mundo. Carece de guardia y ejércitos. A lo largo de su vida, no ha tenido más armas que la palabra de la verdad. Pero un arma letal a los ojos de buscan dominar y manipular a los pueblos, ya que hace libres a los que la acogen. Él es el testigo de la verdad liberadora. Y, como ya lo había relatado el evangelista esta es una razón por la que los judíos decidieron darle muerte. En efecto, he aquí una palabra de Jesús que nos da una clave importante de porqué los judíos, incluso los que «habían creído en él», lo lleva a la muerte: «Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios; y eso no lo hizo Abrahán». (Jn 8, 39-40)

Yahvé había liberado a su pueblo a través de su palabra, ya que tiene poder para realizar lo que anuncia. Él reina en Israel, en los pueblos, en cielo y tierra por su palabra. Y Jesús es su Palabra definitiva por la que el reinado de Dios ya ha comenzado en la historia. El reino de Jesús no es de este mundo, pero actúa ya en este mundo. San Pablo recuerda que el reino de Dios «no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres». (Rom 14, 17-18). Los ciudadanos del reino de Dios están llamados a servir a Cristo, a seguirlo, dirá en san Juan, en justicia, paz y alegría. No la justicia de los hombres, sino la justicia de Dios, que es la justicia del amor. No la paz que imponen los poderosos de este mundo, ya sea por las armas o la manipulación, aun cuando esta sea en apariencia democrática, sino la paz que Dios regala en libertad. Y no la alegría epicúrea, sino la alegría del Espíritu. El reino de Cristo no es de aquí, de este mundo, sino el reino de Dios Padre.

Pero llegados a este punto, conviene leer y meditar detenidamente una afirmación muy significativa de la fe apostólica:

Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. (Col 1, 9-14)

Dios Padre es el que nos ha sacado del dominio de las tinieblas del pecado, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor. Esta afirmación nos obliga a meditar. Jesús, como se nos dice en los evangelios sinópticos, centró su predicación y acción en la llegada del reino de Dios, invitando a todos a la conversión y la fe. San Juan insiste en lo mismo, pero prefiere hablar de «vida eterna». La carta a los colosenses nos habla del reino de Cristo, al que nos lleva el Padre. Y esta obra del Padre, que no cesa de trabajar, ha tenido lugar, de una vez para siempre, en la Pascua del Hijo, pues en su «sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados». Así se ha revelado el designio divino, su voluntad y fuerza de salvación, la propia del amor divino.

Quien ha sido introducido en el reino del Hijo es, por tanto, introducido en el mismo amor con que el Hijo es amado. Nada ni nadie puede ya separarnos del amor, si deseamos permanecer en él. El Padre constituyendo a Jesús sumo sacerdote de los bienes a venir, ha hecho de nosotros un pueblo sacerdotal. Introduciéndonos en el reinado de su Hijo, nos hizo pueblo de reyes. Hablándonos de forma definitiva en su Hijo, hizo de nosotros un pueblo de profetas, pues en la medida que damos testimonio de Jesús estamos siendo profetas de Dios. El Hijo nos reenvía siempre al Padre y nosotros, hijos en el Hijo, estamos llamados también a reenviar en todo momento al Padre.

Jesús asumió la confesión de Natanael, el israelita verdadero, sin dolo, cuando confesó: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn 1, 49); pero «Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo» (Jn 6, 15). Él no recibe la realeza de los hombres, sino del Padre que lo ha enviado al mundo. Sólo el Padre dispone de la realeza. Por ello el reino de Cristo no es de este mundo. Y así vemos a Jesús retirarse solo al monte, lugar del encuentro con el Padre.

Ante los poderes de este mundo, Jesús se autoproclama de alguna forma, el rey mesiánico. Ha venido a dar testimonio de la verdad y nada ni nadie podrá acallararlo. Pero, como llegó a ser sacerdote, también será rey a través de la cruz ignominiosa a los ojos de la Ley.

La burla sarcástica de los soldados, es la ironía de Dios que el evangelista ha captado como nadie, expresa el camino de la verdadera realeza de Jesús, la realeza del amor hasta el extremo. «Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar la vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45). La corona de espinas, el manto color púrpura, el insulto: «¡Salve, rey de los judíos!, las bofetada, culminan en la proclamación de Pilato: «He aquí al hombre». La piedad religiosa popular no siempre capta la ironía divina. En la humillación se revela la sobreabundancia de la fuerza y sabiduría de Dios. No se trata del lamento propio del sentimiento, sino de la admiración ante el Rey, el Hombre verdadero y perfecto. Los reyes y señores de este mundo no pueden comprender la figura del Siervo.

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores. (Is 52, 13-53, 12)

El siervo, burlado, desfigurado y ejecutado en nombre de la Ley y los poderes de este mundo, ante los de la ley y los representantes del imperio, da testimonio de la verdad: «Soy rey». Y la fe apostólica profesa en el Espíritu Santo: «Jesús es Señor». (1Cor 12, 3) Y así lo canta el himno, luego de mostrarnos el camino del despojo y de la humillación, obedeciendo hasta la muerte en cruz:

Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. (Flp 2, 9-11)

Y ahora detengámonos a contemplar, gustar y dar gracias, cómo Jesús fue a un lugar lejano a buscar la investidura como rey y cómo volverá para pedirnos cuenta de qué hemos negociado los talentos que él nos entregó (cf. Lc 19, 11-28; Mt 25, 14-30). Lucas, al final de la parábola, añade de forma significativa estas palabras: «Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén». Ahí fue aclamado como Rey: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel» Y el evangelista comenta: «Encontrando un pollino montó sobre él, como está escrito: “No temas, hija de Sión, ; he aquí que viene tu Rey, sentado en un pollino de asna”». Él es el Rey de la paz. Pero las autoridades religiosas, por envidia y determinaron matarlo, diciendo que no tenían otro rey más que el Cesar. Pero de todo esto, como mota también el evangelista, los discípulos no comprendieron estas cosas más que después de la Pascua. «Estas cosas no las comprendieron su discípulos al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estaba escrito a cerca de él y que así lo habían hecho para con él»(Jn 12, 12-19)

El rey va delante, arriesgando su vida, para liberar al pueblo y conducirlo a la libertad. A lo largo de su vida mantuvo una lucha con el príncipe de este mundo. Expulsó al demonio con el poder del Espíritu. Liberó a la humanidad del poder del pecado, de la ley y de la muerte. Por ello la carta a los Hebreos nos invita a fijar nuestros ojos en el pionero y consumidor de nuestra fe (cf. Hb 12, 1ss).

En la sangre derramada de Jesús, el Padre nos estaba reconciliando consigo mismo. El muro de la enemistad entre los pueblos era derribado. De los dos pueblos irreconciliables brotaba el hombre nuevo creado en Cristo, la Iglesia (cf. Ef. 2, 11ss), la paz mesiánica se ha instaurado ya en el mundo, aun cuando no veamos todavía su plena realización. Cristo es nuestra paz y nuestra esperanza.

La justicia de Dios se ha revelado ahora plenamente en Jesucristo. Él es nuestra justicia y justificación. Los oprimidos por el diablo y sus secuaces, las víctimas son liberadas. Para la libertad nos libertó Cristo. Ahora son bienaventurados los pobres en el reino de Dios. El rey nos ha introducido en la vida sin ocaso. El rey de la paz ha instaurado el reinado del pueblo pobre y humillado. Ha hecho de nosotros un pueblo real; pero no se trata de un reino al estilo de este mundo. Por ello es preciso vivir una actitud permanente de conversión, a fin de caminar en la fe, la esperanza y el amor. El salmista oraba en estos términos a Dios y es lo que se realizó en Jesús crucificado:

Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rijas a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Que los montes traigan paz, y los collados justicia; defiende a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador. Dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad. Baje como lluvia sobre el césped, como llovizna que empapa la tierra. En sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna; domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra. En su presencia se inclinen las tribus del desierto; sus enemigos muerdan el polvo; los reyes de Tarsis y de las islas le paguen tributo. Los reyes de Saba y de Arabia le ofrezcan sus dones; póstranse ante él todos los reyes, y sírvanle todos los pueblos. Él libraré al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector; él se apiadaré del pobre y del indigente, y salvaré la vida de los pobres; él rescataré sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos. Sal 72 (71)

El libro del Apocalipsis entona este himno de victoria, con la finalidad de sostener la esperanza del pueblo sacerdotal, profético y real (cf. 1P 2, 9), perseguido y acosado por los poderes de este mundo. Pero el autor del Apóstol nos invita a cantar ya de forma anticipada la victoria del pueblo de los santos, pues el Cordero degollado ha recibido ya el reino.

Y oí una gran voz en el cielo que decía: «Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo; porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche. Ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio que habían dado, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte. Por eso, estad alegres, cielos, y los que habitáis en ellos». (Ap 12, 10-12: cf. 11, 15-19; 19, 1-10)

Los seguidores del cordero participan ya de su triunfo y realeza, aun cuando se hallen todavía en medio de las pruebas. El libro del Apocalipsis invita a celebrar de forma anticipada la liturgia celeste, a vivir con esperanza la travesía por este mundo:

Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo: «Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de

sacerdotes, y reinarán sobre la tierra». (Ap 5, 6-10; cf. 20, 1-6; 22, 1-5)

Para concluir este breve recorrido por el Nuevo Testamento, añadiré un punto que me parece muy significativo, pues Jesús, si bien es verdad que no se autoproclamaba el rey de los judíos de una forma explícita y abierta, sin embargo, si recorremos los evangelios sinópticos, no deja de afirmarse como el que tiene autoridad en el reino de Dios. Él determina quienes entran en el reino de Dios y quienes no. Proclama la llegada del reino de Dios en sus palabras y acciones, ya que expulsa al príncipe de este mundo con la fuerza del Espíritu Santo. Los discípulos piden los primeros puestos en el reino, pero él respeta el beneplácito del Padre. Él actúa siempre en la dependencia del Padre. Es rey sirviendo y dando la vida por todos. Es el pastor (la metáfora del pastor y del rey se complementan) que da la vida para liberar a las ovejas y formar un rebaño en marcha hacia la plenitud de vida. Nosotros estamos acostumbrados a las afirmaciones conceptuales, las propias de la mentalidad cartesiana. Los escritos bíblicos se mueven, por lo general, en la perspectiva del lenguaje simbólico y evocador. Lo que sí es claro que Jesús vino para dar testimonio de la verdad. Y la verdad es que el Padre, como dice el apóstol, nos ha transferido del reino de las tinieblas, al reino de su Hijo amado. Saquemos ahora las consecuencias para nuestra condición de discípulos del reino de Dios.

III.- VIVIR EN EL MUNDO TRAS LAS HUELLAS DE NUESTRO REY

De todos nosotros son bien conocidas las meditaciones de la segunda semana de los ejercicios de san Ignacio de Loyola sobre la llamada del rey eternal a seguirlo. En las meditaciones de las dos banderas, de los tres binarios de hombres, de las tres formas de humildad, se nos da claves para tomar una decisión definitiva ante la llamada del rey eternal. Es evidente que los que estamos aquí, ya hicimos la opción definitiva, pero es oportuno y bueno renovarla. Para ello propongo, a la luz de lo dicho y del carisma que se nos ha confiado, unas pequeñas orientaciones. Estas orientaciones buscan el dejarnos interpretar por las palabras, acciones y existencia del rey eternal; evitando lo más posible la pretensión de ser nosotros los interpretes de las palabras, acciones y existencia del Rey.

1. *Nacer y renacer de nuevo.* Jesús, el rey de los judíos, afirmó delante del maestro de la Ley, Nicodemo, la necesidad de nacer del agua y del Espíritu para ver y entrar en el reino de Dios (cf. Jn 3, 1ss). Nacer y renacer de nuevo, todos los días, por la fe y la acción del Espíritu es lo que implica la conversión y la fe, que Jesús pedía al proclamar la llegada del reino de Dios (cf. Mc 1, 14-15). No podemos vivir aferrados a nuestras ideas y proyectos. El rey avanza delante de nosotros. Con él hemos de librar la batalla contra el pecado, a fin de resucitar con él en su reino. Es la condición para escuchar de sus labios: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Tal es el dinamismo de la gracia del bautismo, que estamos llamados a desarrollar de modo inminente en la consagración secular.
2. *El seguimiento pronto, alegre y radical.* Si el reino de Dios es nuestro tesoro y nuestra perla preciosa. Si el Rey nos ha invitado a seguirlo en su lucha contra el pecado, esto es, contra lo que arruina la dignidad del ser humano, es de todo punto necesario, que nuestra respuesta sea *pronta, alegre y radical*. El que se enreda en razonamientos y demora su respuesta, recuerde lo que dice el rey a los que quieren seguirlo: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». «Deja que los muertos entierren a los muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios». «Nadie que pone la mano en el arado y

mira hacia atrás vale para el reino de Dios». (Lc 9, 57-62) Estas afirmaciones de Jesús se encuentran inmediatamente después de afirmarse en su voluntad de ir a Jerusalén.

La radicalidad evangélica nace de la alegría de haber encontrado el tesoro, la perla preciosa. Por ello vende todo lo que tiene, sus bienes y perlas. Pero hay más. Para seguir a Jesús, para participar en el reino, es preciso operar un discernimiento muy diferente a lo que hacemos cuando calculamos nuestros programas de acción basados en nosotros mismos, esto es, apoyados en nuestro saber, poder y tener. El rey nos daba estos criterios decisivos a los que querían seguirlo: «Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío». «Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío». (Lc 14, 25-33) El ciudadano del reino de Dios, el seguidor del rey eterno, vive con prontitud, alegría y radical la respuesta al llamado del rey. ¡Dejémonos interpretar por la palabra del Rey eterno!

3. *Llamados a ser testigos de la verdad.* La misión primordial de Jesús, nuestro rey, fue ser testigo de la verdad: para ello vino al mundo. No se retiró del mundo para ser testigo de la verdad, sino que entró en el mundo para ser testigo de la verdad de Dios en el mundo, en la historia. Primero lo hizo asumiendo la fragilidad de la carne. Luego a través del trabajo discreto y silencioso de Nazaret. Durante los años de vida pública, los menos, lo vemos hablar y actuar, pero también quedarse fuera de los pueblos y retirarse solo a la montaña. No buscaba el aplauso de los hombres, y rehuía el deseo de aquellos que pretendían hacerlo rey al estilo de los líderes políticos. Él era testigo de la verdad que viene de Dios. Y esta es la vocación y misión de cuantos somos llamados a ser sus discípulos.

Jesús fue testigo de la verdad de Dios, pues la verdad no viene del hombre, sino de Dios, en su familia, entre sus discípulos, ante el pueblo y las autoridades religiosas y civiles de su tiempo. Él fue el mártir de la verdad que libera. Nunca renunció a dar un real testimonio de la verdad, aun cuando fuera incomprendido por su familia, pueblo, discípulos y autoridades. El laico consagrado debe ser muy consciente de la misión que implica su carisma. Testigo de la verdad de Dios y, por lo mismo, de la dignidad de la persona humana según el Creador y Salvador. ¿Estamos dispuestos a ser testigos de la verdad de Dios o buscamos más bien que nos aprecien?

4. *Trabajar para hacer justicia a los pobres de la tierra.* El Espíritu del Señor se posó sobre el Mesías, para que hiciera justicia a los pobres. Esta es la verdad anunciada por los profetas. Pero es necesario pararse a pensar un poco cómo esta verdad interpreta nuestras maneras de hacer justicia a los pobres según el mundo y también a los pobres según Dios. Jesús liberó a endemoniados, curó enfermos, iluminó ciegos, dio de comer una o dos veces a las muchedumbres hambrientas, para que anduvieran el camino, calmó la tempestad... etc. y murió para salvar a los pecadores y excluidos. Pero Jesús no resolvió los problemas de la humanidad. Ponía en pie a los hombres, para que anduviesen el camino con libertad y responsabilidad.

Hacer justicia a los pobres no puede limitarse a hacer cosas por ellos o, en el mejor de los casos, con ellos. Jesús instruía, curaba, alimentaba y ponía en camino. Liberado del poder de Satanás, Jesús dirá al endemoniado de Gerasa, cuando agradecido por haber sido curado pretende quedarse con él: «Vuelve a tu casa y da a conocer cuanto te ha

hecho Dios». Y comenta el evangelista: «Partió, pues, por toda la ciudad proclamando todo cuanto le había hecho Jesús». (Lc 8, 39) ¿No encontramos aquí la clave de lo que debe ser la misión carismática de nuestros institutos?

5. *Artesanos de paz en el mundo y en nuestras comunidades.* Jesús es nuestra paz. Entró en Jerusalén como el rey de paz, en un borrico; y no como los conquistadores en un caballo, símbolo de fuerza y poder. Su misión se encaminó a hacer realidad lo que parecía imposible, derribar el muro de la enemistad entre los pueblos. La paz y verdad que traía al mundo era diferente a la del mundo, pues este impone la paz por la fuerza de los grandes y más fuertes. La paz mesiánica se halla en la convivencia del león y el cordero, pero de forma que el león se acostumbre a alimentar del forraje del débil y desvalido cordero. Jesús fue rey en la debilidad y por medio de la debilidad. Es el rey de la paz entre los pueblos.

Y esta es una misión muy importante. Los seguidores del rey estamos llamados a ser artesanos de paz. Y cuando hablamos de esto de inmediato pensamos en planes para instaurar la paz en el mundo, en lugar de pensar como acogemos el don de Dios y lo hacemos fructificar en nuestras comunidades carismáticas, en nuestras parroquias, diócesis, vecindad, pueblo y nación, incluso en nosotros mismos. Lo grande puede ser una evasión, para dejar de afrontar la realidad concreta, para llevar a cabo la obra de Dios en lo concreto.

6. *Contribuir al conocimiento del Señor en nuestros ambientes.* El rey, el Mesías pobre y de los pobres, alentado por el Espíritu de la verdad, libertad y comunión, vino al mundo para inundar el mundo del verdadero conocimiento de Dios y, por ello mismo, del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Estamos ante una cuestión decisiva, a fin de vivir nuestra vocación y misión. Ciertamente, no se trata de impartir doctrinas sobre Dios, sino de ayudar a las personas que nos rodean a vivir un verdadero conocimiento existencial del Rey eterno. Y esto supone compartir su vida y misión, para instaurar su reinado de amor y de paz en nosotros y en el mundo. Y esto es posible sólo en la medida que avanzamos por el camino del Siervo, que no voceamos, pero llevamos a término el derecho y la justicia en nuestro entorno, con tenacidad y discreción, (cf. Mt 12, 9-21) a condición de ser mansos y humildes de corazón, abriéndonos a todos los cansados y deprimidos. (cf. Mt 11, 28-30). En una palabra: ¡El Rey eterno es el Siervo eterno!. ¡Es el misterio del amor divino!